

# ORIENTACIONES DEL MAGISTERIO SOBRE LA ENSEÑANZA DE LA FILOSOFÍA: DE LA *AETERNI PATRIS* A LA *FIDES ET RATIO*

**José Ángel García Cuadrado**

La convicción de la necesidad de los estudios filosóficos como preparación a la Teología atraviesa la historia del magisterio de la Iglesia, pero se puede decir que un tratamiento más explícito se da a partir del Concilio Vaticano I

, citation and similar papers at [core.ac.uk](https://core.ac.uk)

proviene

la profunda escisión producida entre fe y razón, así como entre Filosofía y Teología. De la armonía (a veces difícil e inestable) característica del periodo cristiano-medieval, se pasa en la Edad Moderna a un abierto enfrentamiento desde los planteamientos intelectuales de corte racionalista e iluminista.

En este contexto se podría afirmar que la Encíclica *Fides et ratio* se sitúa en una tradición magisterial, a la que Juan Pablo II se refiere de modo explícito. El recorrido histórico que se ofrece en este trabajo puede servirnos para comprender mejor la continuidad y la novedad de esta encíclica «histórica».

## 1. EL CONCILIO VATICANO I Y LA ENCÍCLICA *AETERNI PATRIS*

El concilio Vaticano I se propone reconstruir el equilibrio del binomio fe-razón volviendo a los principios intelectuales de Tomás de Aquino. Fruto de este esfuerzo es la Constitución *Dei Filius*, donde el Concilio Vaticano I se pronuncia claramente contra las doctrinas racionalistas y fideístas<sup>1</sup>. En este marco histórico-cultural es donde se sitúa también la encíclica *Aeterni Patris*, publicada por León XIII en 1879. La importancia de este documento pontificio es enorme si tenemos en cuenta que se trata del primer documento magisterial sobre el estudio de la Filosofía en los estudios teológicos<sup>2</sup>. El contenido

1. Las referencias al Concilio Vaticano I en la *Fides et ratio* (en adelante nos referiremos a ella con la abreviatura FR) son numerosas y significativas. Cfr. FR nn. 8, 9, 52 y 53; también las notas 6, 7, 15, 55, 63, 64, 65, 72, 102: todas ellas, excepto una, se refieren a la constitución *Dei Filius*.

2. Cfr. FR 100; también J.L. ILLANES, *Teología y razón humana en la Encíclica «Aeterni Patris»*, en *Fe, razón y teología*, Pamplona 1979, 315-335.

doctrinal de dicha encíclica se traducirá posteriormente en los planes de formación y enseñanza de los seminarios. De manera indirecta supuso un fuerte impulso para el surgimiento de la neoescolástica, y más concretamente, del neotomismo<sup>3</sup>.

La encíclica *Aeterni Patris* (citada expresamente por Juan Pablo II en los nn. 51 y 78 de la FR), se vertebró en torno a cuatro núcleos doctrinales que pasamos a exponer a continuación:

a) *La restauración de la Filosofía, remedio al drama de nuestro tiempo.* Para León XIII la causa de la crisis de la sociedad moderna se encuentra presente en «unos criterios erróneos sobre las cosas divinas y humanas, emanados hace ya tiempo de ciertas escuelas filosóficas»<sup>4</sup>. Ciertamente, la razón por sí misma es insuficiente, separada de la fe, para dar cuenta de las cuestiones centrales de la existencia humana. Pero la fe necesita de la razón y de la ciencia humana para anunciar la salvación a todos los pueblos:

- En primer lugar, la razón es camino hacia la fe, como preludio y anuncio de la verdad sobre el hombre, el mundo y Dios; anuncio que se da en plenitud en la Revelación cristiana.
- En segundo lugar, la razón apoya con sus conclusiones la credibilidad de la fe. De esta manera, la existencia de Dios y de sus perfecciones aparece a la razón humana —rectamente guiada— como una conclusión razonable, capaz de ser creída y afirmada por la fe.
- Por otro lado, «para que la sagrada Teología tome y revista la naturaleza, el hábito y la índole de la verdadera ciencia, se hace necesario (...) un nuevo uso permanente y múltiple de la filosofía»<sup>5</sup>.
- Por último, a la filosofía le compete una *misión apologética* de defensa de la fe revelada: «Y es que, así como los enemigos del Catolicismo, al enfrentarse con la religión, toman muchas veces de la razón filosófica su bagaje dialéctico, así los defensores de las ciencias divinas encuentran en el arsenal de la filosofía muchas cosas con que poder defender los dogmas revelados»<sup>6</sup>.

b) *El recto modo de filosofar.* Una vez descrita la necesidad de la Filosofía para la fe, la encíclica proporciona una serie de orientaciones acerca del adecuado uso de la Filosofía, ya que no todo sistema filosófico sirve a la razón; es más, muchas veces las ideas filosóficas obstaculizan la fe. La doctrina pontifi-

3. Cfr. FR nn. 57 y 58. Una comparación entre la *Aeterni Patris* y la *Fides et ratio* puede encontrarse en J.L. ILLANES, *Fe y razón, Filosofía y Teología. Consideraciones al hilo de la «Fides et ratio»*, en «Scripta Theologica» 31 (1999/3) 785-787.

4. LEÓN XIII, Enc. *Aeterni Patris* (en adelante AP) (4 de agosto de 1879): AAS 11 (1878-1879), n. 2.

5. AP, n. 6.

6. AP, n. 7.

cia resulta muy elocuente: es «de todo punto necesario que jamás se aparte de las sendas que siguió la venerable tradición de los Padres»<sup>7</sup>, los escolásticos<sup>8</sup> y concretamente Santo Tomás de Aquino, al que se dedican encendidos elogios tanto a su persona como a su doctrina y se propone como modelo del recto filósofo<sup>9</sup>.

c) *Necesidad de la restauración de la verdadera Filosofía*. La tercera parte del documento recoge una advertencia sobre la introducción de doctrinas e r r óneas ajenas a la Revelación<sup>10</sup>, mostrando los beneficios que se seguirán de la restauración de la filosofía del Doctor Angélico: beneficios para la Fe, para la sociedad civil y para las ciencias humanas<sup>11</sup>.

d) *Disposiciones normativas*: C o n c l u ye el documento pontificio con una serie de disposiciones que afectan fundamentalmente a la enseñanza de la doctrina de Santo Tomás en los seminarios y Universidades<sup>12</sup>, pero advirtiendo de la necesidad de purificar la verdadera doctrina de Santo Tomás de las interpretaciones más o menos deformadas del pensamiento del Doctor Angélico.

Los efectos de esta Encíclica no se hicieron esperar y comenzó un periodo de florecimiento de la filosofía cristiana en toda Europa que se prolongó a lo largo del siglo XX no sólo en los ámbitos eclesiásticos, sino también en las facultades civiles. Fruto de este impulso es la publicación de numerosas revistas especializadas de inspiración tomista, la creación de institutos y centros de investigación sobre el pensamiento del Doctor Angélico, traducción de la *Suma Teológica* a las lenguas modernas, etc. Figuras representativas de la historia del tomismo en ese siglo son Gilson, Maritain, Mandonnet, Grabmann, Ramírez, Garrigou-Lagrange, Gredt, Zigliara, Manser, Se rti llanges, Giacon, Ga rdeil, etc. Ot ros autores se han centrado en el desarrollo de la doctrina tomista en diálogo con los pensadores modernos, como el Cardenal Mercier, Rolland-Gosselin, Jolivet, Derisi, Pieper, Fab ro, etc.<sup>13</sup>.

Los efectos beneficiosos para la filosofía de inspiración cristiana de la *A e - terni Patris*, están sobradamente comprobados; de tal forma que «más de un

7. AP, n. 8.

8. Cfr. AP, n. 11.

9. Cfr. AP, nn. 12-17.

10. Cfr. AP, n. 19.

11. Cfr. AP, nn. 20-23.

12. «Por lo demás, que maestros elegidos inteligentemente por vos otros procuren hacer estimar a sus discípulos la doctrina de Tomás de Aquino, y pongan de relieve su solidez y su excelencia sobre todas las demás. Que las Universidades que habéis fundado —o que creéis en el futuro— ilustren y defiendan esa misma doctrina y la utilicen eficazmente frente a los errores que circulan». AP, n. 24.

13. En FR 59 se hace notar también que «la renovación tomista y neotomista no ha sido el único signo de restablecimiento del pensamiento filosófico en la cultura de inspiración cristiana. Ya antes, y paralelamente a la propuesta de León XIII, habían surgido no pocos filósofos católicos que elaboraron obras filosóficas de gran influjo y de valor perdurable, enlazando con corrientes de pensamiento más recientes, de acuerdo con una metodología propia».

siglo después, muchas indicaciones de aquel texto no han perdido nada de su interés, tanto desde el punto de vista práctico como pedagógico»<sup>14</sup>. No obstante, algunos autores, aún reconociendo plenamente la validez de este documento, han apuntado el peligro que se encierra en aceptar una interpretación excesivamente restringida de las orientaciones pontificias acerca de la enseñanza de la doctrina de Santo Tomás. Por otro lado, ¿no parece que la Revelación sobrenatural se vincula de manera demasiado estrecha a una filosofía (la tomista) que es, en definitiva, un saber humano?

## 2. DE LEÓN XIII A JUAN XXIII

Desde la promulgación de la *Aeterni Patris* las intervenciones pontificias sobre la enseñanza de la Filosofía de Santo Tomás, han sido unánimes, subrayando las directrices doctrinales y disciplinares de León XIII<sup>15</sup>. De este modo, su sucesor, San Pío X (1903-1914) «puso de relieve cómo en la base del modernismo se hallan aserciones filosóficas de orientación fenoménica, agnóstica e inmanentista»<sup>16</sup>; contra los excesos del modernismo propone con claridad la doctrina de Santo Tomás, especialmente en el *Motu Proprio Doctoris Angelici*. En dicho documento se propone una serie de puntos fundamentales de la doctrina del Doctor Angélico que no deben ser considerados como simples opiniones que pueden ser impugnadas, sino más bien como principios que no pueden ser rechazados sin grave detrimento para la fe o las costumbres. Pocos días después la Sagrada Congregación de Seminarios y Universidades sometió a la aprobación del Romano Pontífice las «Veinticuatro tesis tomistas» en las que se sintetizaban los puntos esenciales de la doctrina del Aquinate, con orden de que fueran seguidas por los centros eclesiásticos<sup>17</sup>. La publicación de estas tesis no estuvo exenta de controversias, pues algunas de ellas (como por ejemplo la distinción real entre esencia y acto de ser que es cuestionada por los suaristas) no cuentan con el acuerdo unánime de los filósofos cristianos. Además, este elenco de doctrinas filosóficas podría ser interpretado como intervención magisterial sobre cuestiones más o menos abiertas a la libre discusión. Este carácter «polémico» podría explicar que no se cite en la *Fides et ratio* este documento sobre las tesis tomistas. Esta omisión estaría más en sin-

14. FR, 57.

15. Cfr. FR, n. 54; también G. PERINI, *Dall'«Aeterni Patris» al Concilio Vaticano II: Le direttive del Magistero sulla dottrina di San Tommaso*, en *Razón, fe y teología*, Pamplona 1979, 211-250.

16. FR, 54; en este número se cita la encíclica de *Pascendi dominici gregis* de San Pío X del 8 de septiembre de 1907: AAS 40 (1907). En la nt. 114 de FR se cita otro importante documento de este pontificado; el Decreto *Lamentabili*, del 3 de julio de 1907, AAS 40 (1907), con motivo del pragmatismo dogmático.

17. Un documentado estudio sobre este tema puede encontrarse en E. MIQUEL AGUAYO, *Génesis histórica de las XXIV tesis tomistas*, Tesis doctoral, *pro manuscripto*, Pamplona 1990.

tonía con una de las primeras advertencias que Juan Pablo II hace en los primeros números de su encíclica: no se trata tanto de elaborar un «sistema filosófico perfecto», sino que es preciso «reconocer la prioridad del *pensar* filosófico, en el cual tiene su origen y al cual debe servir de forma coherente»<sup>18</sup>. No se trata, por tanto, de repetir mecánicamente unos esquemas filosóficos del pasado sino de mantener siempre vivos la reflexión filosófica en contacto vital con la fe.

En una línea doctrinal semejante se sitúa Benedicto XV (1914-1922) como se manifiesta en la carta dirigida al P. Theissling, Maestro General de la Orden Dominicana el 17 de noviembre de 1918. Resulta significativo que bajo su pontificado se promulgara el Código de Derecho Canónico en 1917 en el que se lee: «Que los profesores se ocupen de los estudios de filosofía racional y de teología, y de la formación de los alumnos en estas disciplinas siguiendo exactamente el método, la doctrina y los principios del Doctor Angélico y a éstos permanezcan inviolablemente fieles»<sup>19</sup>.

El pontificado de Pío XI (1922-1939) está marcado por dos documentos sobre la enseñanza de la doctrina tomista en las escuelas católicas. El primero de ellos es la encíclica *Studiorum Duce* (1923) dirigida a los obispos de todo el mundo con ocasión del VI Centenario de la canonización del Doctor Angélico. En la encíclica recuerda las directrices de sus predecesores, pero apunta que la adhesión a la doctrina tomista se refiera a aquellos puntos sobre el método, doctrina y principios, y no a las cuestiones en las que la Iglesia ha dejado siempre a la libre discusión e investigación científica. De esta manera se sale al paso de una posible desviación que consistiría en considerar una doctrina humana como divinamente revelada. El segundo documento, es la Constitución Apostólica *Deus scientiarum Dominus* (1931) sobre el ordenamiento de los estudios de las Universidades y Facultades eclesiásticas, en donde se ratifica de nuevo la necesidad de acudir a la doctrina del Doctor Angélico<sup>20</sup>.

Las intervenciones de Pío XII (1939-1958) sobre el tema fueron numerosas y aportaron nuevos matices a las indicaciones de sus predecesores. El documento más solemne en el que Pío XII trató del estudio de la filosofía es la encíclica *Humani generis*, «sobre algunas falsas opiniones que quieren socavar los fundamentos de la doctrina católica»<sup>21</sup>, y más concretamente frente al evolucionismo, existencialismo e historicismo<sup>22</sup>. Esta Encíclica es una urgente in-

18. FR, n. 4.

19. C.I.C. (1917), can. 1366, 2.

20. Ninguno de estos dos documentos es citado en FR; pero sí la Encíclica *Divini Redemptoris* del 19 de marzo de 1937, AAS 29 (1937) 65-106, en la que se condena la doctrina marxista y el comunismo ateo. Cfr. FR, n. 54.

21. Fechada el 12 de agosto de 1950, AAS 42 (1950). En adelante la citaré por las iniciales HG.

22. Cfr. FR n. 54;

tervención doctrinal provocada por un estado de crisis intelectual entre los católicos; Pío XII reivindica el valor permanente del pensamiento filosófico y teológico tradicional cuyo máximo representante es Santo Tomás. En dicha Encíclica, Pío XII distingue en la filosofía tomista dos partes. Una gran parte que la Iglesia deja a la discusión de los expertos en cuanto que ni directa ni indirectamente afectan a la verdad referente a la fe y a las costumbres<sup>23</sup>. Estas cuestiones no sólo se refieren a las ciencias naturales, sino también a problemas filosóficos y teológicos que la Iglesia ha dejado a la libre discusión, investigación y docencia. Pero la filosofía de Tomás de Aquino contiene otra parte compuesta por «cuestiones esenciales», es decir, principios fundamentales que afectan a la teoría del conocimiento y a la metafísica, con respecto a los cuales no se goza de la misma libertad que se tiene en el primer núcleo doctrinal, aunque también este núcleo esencial —si bien debe permanecer genuino e inmutable en lo sustancial— es susceptible de un mayor enriquecimiento y profundización<sup>24</sup>. Estas directrices, afirma Pío XII, no suponen un freno al desarrollo científico y filosófico, sino que ofrecen al creyente una garantía y una ayuda segura en la investigación científica e intelectual. La *Humani generis* es citada también por Juan Pablo II para mostrar el valor perenne del lenguaje conceptual usado en las definiciones conciliares, porque continúan manteniendo «un valor cognoscitivo universal y, por tanto, la verdad de las proposiciones que expresan»<sup>25</sup>.

El Beato Juan XXIII (1958-1963) continúa las directrices de sus predecesores: manifiesta su deseo de que la doctrina tomista sea difundida entre los laicos y, por supuesto, entre los candidatos al sacerdocio cuya formación intelectual debe descansar en una sólida formación filosófica según los principios, doctrina y métodos de Santo Tomás. Sin embargo, es en este pontificado donde es posible advertir un nuevo paso adelante a la hora de tratar la formación intelectual, pues la doctrina cristiana es «verdadera e inmutable, y el fiel debe prestarle obediencia, pero hay que investigarla y exponerla según las exigencias de nuestro tiempo»<sup>26</sup>. No se trata tanto de una fidelidad a la tradición sino de una fidelidad a la verdad que siempre permanece actual, también en el siglo XX.

### 3. EL CONCILIO VATICANO II Y PABLO VI

Las intervenciones magisteriales acerca de la enseñanza de la filosofía

23. Cfr. HG, n. 42.

24. Cfr. *ibidem*.

25. FR, n. 96, nt. 112; cfr. también, n. 55, nt. 77.

26. Discurso en la inauguración del Concilio Vaticano II, 11 de octubre de 1962, AAS 54 (1962), 792. Recogido en FR, n. 92.

desde la *Aeterni Patris*, se mueven en la línea de fomentar el estudio y la enseñanza en los seminarios de la doctrina de Santo Tomás como garantía frente a los errores derivados de algunas posturas filosóficas propias de la Modernidad. De los documentos emanados del Concilio Vaticano II parece observarse un tono diferente a la hora de abordar la cuestión de la enseñanza de la Filosofía. En efecto, el espíritu conciliar se mueve en la línea de la apertura de la Iglesia al mundo contemporáneo, fuertemente descristianizado. Una de las líneas de fuerza de la *Fides et ratio* es el intento de llevar adelante estas ideas que los Padres conciliares plasmaron en los documentos del Concilio Vaticano II. Estos documentos son citados con profusión por Juan Pablo II no sin una intencionalidad clara: en total se pueden contabilizar 33 referencias. Y resulta también significativo que las más citadas, con gran diferencia (trece veces cada una de ellas), sean la Constitución pastoral *Gaudium et spes* sobre la Iglesia en el mundo actual (en cuya redacción trabajó el entonces Cardenal Wojtyła), y la Constitución dogmática *Dei Verbum*, sobre la divina Revelación.

En la *Gaudium et spes*, se manifiesta que la Iglesia no puede permanecer indiferente a la cultura y a la sociedad donde se desarrolla la vida del hombre contemporáneo, y por esta razón es preciso abrir un diálogo con la cultura y el pensamiento de hoy. Este diálogo supone, en primer lugar, un mayor esfuerzo evangelizador frente a hombres y culturas enteras muy alejadas del pensamiento cristiano. Dicho diálogo ha caracterizado desde siempre el pensamiento cristiano<sup>27</sup>. Pero este diálogo con el hombre de hoy exige un cuidadoso discernimiento pues no significa renunciar al patrimonio filosófico y teológico cristiano como si se tratara de formulaciones ya caducas o aplicables exclusivamente a culturas de carácter eurocéntrico<sup>28</sup>.

Los documentos conciliares del Vaticano II vuelven a subrayar la necesidad de seguir cultivando la filosofía tomista, y no sólo en los seminarios y universidades pontificias, sino también en los centros educativos seculares. Estas posturas se pueden encontrar claramente reflejadas en la *Optatam totius* y en la *Gravissimum educationes*.

### 3.1. *La enseñanza de la filosofía en «Optatam totius» y «Gravissimum educationis»*

En el decreto sobre la formación sacerdotal (*Optatam totius*), al tratar de la revisión de los estudios eclesiásticos se habla especialmente de la renovación de los estudios filosóficos en los siguientes términos: «Enséñense las disciplinas filosóficas de forma que los alumnos lleguen, por encima de todo, a un conocimiento sólido y coherente del hombre, del mundo y de Dios, apoyados

27. Cfr. en los Padres de la Iglesia FR, nn. 36 y 39; en la Escolástica nn. 43 y 44.

28. Cfr. FR, nn. 70-72; 94-96.

en el patrimonio filosófico de perenne validez, teniendo también en cuenta las investigaciones filosóficas de la edad moderna, particularmente aquellas que ejercen mayor influjo en la propia nación, y los últimos progresos de la ciencia. De esta manera, con el recto conocimiento de la mentalidad de la época actual, los alumnos estarán preparados a tiempo para dialogar con los hombres de su época»<sup>29</sup>.

Del análisis de este párrafo, podría llamar la atención el hecho de que no se cite explícitamente la filosofía de Santo Tomás, cosa que sí sucede en el número siguiente en el que se trata de la enseñanza de la Teología. Sin embargo, aunque de manera expresa no se nombre al Doctor Angélico, los padres conciliares tenían en la cabeza la doctrina tomista como se deduce del pie de página en el que se aclara el término «patrimonio filosófico de perenne validez» remitiendo a la encíclica *Humani Generis* de Pío XII en donde se hace referencia a la filosofía de Santo Tomás. Por otro lado, parece clara la recomendación del Doctor Angélico si se consultan las disposiciones emanadas años después con vistas a la aplicación de la doctrina conciliar.

El texto de la *Optatam totius* continúa dando orientaciones precisas acerca del modo de enseñar la Filosofía en los centros de formación sacerdotal: «La historia de la filosofía ha de enseñarse de forma que los alumnos, a la vez que conocen los últimos principios de los diversos sistemas, retengan cuanto hay de probadamente verdadero en ellos y puedan descubrir y refutar las raíces de los errores»<sup>30</sup>. La referencia al criterio a seguir en la enseñanza de la historia de la filosofía muestra en mi opinión una profundización en el problema que se debate. Es decir, en el diálogo a bien con los diversos sistemas filosóficos contemporáneos, no se ha de perder de vista la verdad de las cosas. Todos los sistemas filosóficos, como manifestación de la racionalidad humana, encierran aspectos parciales de verdad; tarea del filósofo cristiano es advertir esos reflejos de la verdad y separarlos del error. De esta manera, el centro del problema se desplaza no al cuestionamiento de si un sistema filosófico —como el tomista— posee un valor perenne o no, sino al problema filosófico de la verdad. En otras palabras, lo que parece advertirse es que en la filosofía el criterio último es la *verdad* de las cosas (que en última instancia descansa en la Verdad divina) y no la autoridad de un filósofo. Es preciso seguir la filosofía tomista, no por ser la filosofía de Santo Tomás, sino porque este autor llegó a formular los principios metafísicos y gnoseológicos verdaderos que hacen posible el acceso a la comprensión verdadera acerca del hombre, del mundo y de Dios. Por los demás, el mismo Aquinate, en uno de sus comentarios a Aristóteles (*De*

29. Decreto *Optatam totius*, sobre la formación sacerdotal, n. 15. En FR se cita expresamente (nt. 129) este texto, dirigiéndose a «quienes tienen la responsabilidad de la formación sacerdotal» con la exhortación a «realizar su labor a la luz de las prescripciones del Concilio Vaticano II y de las disposiciones posteriores». FR, n. 105.

30. *Ibidem*.



*Coelo*), afirma que «la filosofía tiene por objeto no lo que piensan los filósofos sino cuál es la verdad objetiva»<sup>31</sup>. Para Tomás de Aquino, Aristóteles no es el criterio último de verdad en Filosofía, sino la realidad de las cosas.

Esta interpretación de la *Optatam totius* viene corroborada con el último párrafo del mismo n. 15, que dice así: «El mismo método de enseñanza debe suscitar en los alumnos el amor a la verdad, la cual ha de ser rigurosamente buscada, observada y demostrada, reconociendo al mismo tiempo con honradez los límites del conocimiento humano»<sup>32</sup>. El tema de la verdad y sus límites es la preocupación central que debe guiar los estudios filosóficos, y no sólo al nivel de la reflexión intelectual sino también en la conducta práctica en las circunstancias actuales: «Préstese gran atención a la relación que une la filosofía y los verdaderos problemas de la vida, así como a las cuestiones que más preocupan a los alumnos»<sup>33</sup>. El problema de la verdad no es una cuestión meramente teórica sino que compromete existencialmente a toda la persona.

Aunque de manera más colateral en la declaración sobre «la educación cristiana de la juventud» se recogen también estas ideas: «que cada disciplina se cultive según sus propios principios, sus propios métodos y la propia libertad de investigación científica, a fin de que cada día sea más profunda la comprensión que de ella se alcance y, teniendo en cuenta con esmero las investigaciones más recientes del progreso contemporáneo, se perciba con profundidad mayor cómo la fe y la razón tienden a la misma verdad, siguiendo las huellas de los doctores de la Iglesia, sobre todo de Santo Tomás de Aquino»<sup>34</sup>. En esta ocasión sí se cita de modo explícito al Doctor Angélico, pero como máximo representante de una serie de autores que con su pensamiento muestran que «la fe y la razón tienden a la misma verdad».

### 3.2. *La aplicación de las orientaciones del Vaticano II*

Las líneas programáticas del Concilio Vaticano II debían ser llevadas a la práctica. Para ello la Sagrada Congregación para la Educación Católica promulgó la *Ratio fundamentalis institutionis sacerdotalis* (1970), con la aprobación de Pablo VI. En dicho documento se recuerda lo dispuesto en la *Optatam totius*, añadiendo que se enseñe la filosofía y la teología «teniendo como maestro a Santo Tomás». Pero más explícito y concreto es el Decreto *Sacra Theologia* de la Sagrada Congregación dirigido a los Excelentísimos ordinarios sobre la enseñanza de la Filosofía en los seminarios, del 20 de enero de 1972<sup>35</sup>.

31. TOMÁS DE AQUINO, *De Caelo*, I, 22, citado por FR, nt. 93.

32. *Optatam totius*, n. 15.

33. *Ibidem*.

34. *Gravissimum educationis*, n. 10.

35. Estos dos documentos se encuentran citados expresamente en FR, n. 60, nt. 84.

Dada la riqueza doctrinal de este documento vamos a exponerlo de manera pormenorizada, y tendremos ocasión de comprobar algunas de las ideas fundamentales recogidas por la Encíclica *Fides et ratio*.

En las palabras introductorias se presenta el documento como una aplicación del Concilio Vaticano II que «en su intento de crear una sólida base para los estudios teológicos y de establecer las necesarias premisas para un encuentro entre la Iglesia y el mundo, entre la fe y la ciencia, entre el patrimonio espiritual cristiano y la cultura moderna, ha creído oportuno insistir en una profunda reforma de la enseñanza filosófica»<sup>36</sup>. La reforma anunciada apunta a la necesidad de preparar a los candidatos al sacerdocio para el diálogo con el mundo contemporáneo.

En la primera parte del documento se exponen las dificultades actuales para la enseñanza de la filosofía en los seminarios. De manera sintética se realiza un acertado diagnóstico de la situación que desborda el campo eclesial hasta alcanzar el clima intelectual de la cultura contemporánea. Ésta presenta una visión paradójica puesto que mientras los cambios sociales e ideológicos invitan a una seria reflexión filosófica, por otra parte se advierte «la tendencia a infravalorar la filosofía, hasta el punto de declararla, en algunos casos extremos, inútil o de hacerla desaparecer». Esta situación trae como consecuencia la cerrazón a la trascendencia junto al estancamiento del auténtico pensamiento filosófico, especialmente la especulación metafísica, «única que puede alcanzar los valores absolutos».

Este clima intelectual se debe principalmente a un cientificismo que se centra exclusivamente en el mundo material y a su dominio por parte de la técnica. La realidad espiritual se juzga inalcanzable, o simplemente inexistente. La metodología de la ciencia experimental se impone como modelo de todo saber humano porque permite el progreso técnico, pero deja al margen las dimensiones espirituales de la realidad y del hombre mismo. «Como se observa hoy comúnmente, la mentalidad del hombre parece orientarse, con prevalencia al mundo material, concreto, al dominio de la naturaleza, mediante el progreso científico y técnico, reduciendo el conocimiento al nivel de los métodos de las ciencias positivas. El acento puesto unilateralmente en la acción de cara al futuro, el optimismo alimentado por una confianza casi ilimitada en el progreso, mientras impulsan a las transformaciones inmediatas y radicales en el campo económico, político y social, hacen olvidar con frecuencia el carácter permanente de ciertos valores morales y espirituales, y sobre todo, hacen superflua, o incluso perjudicial, la auténtica especulación filosófica».

Se advierte ya desde las primeras líneas del documento que el principal problema con que nos encontramos es con el problema de la realidad, es decir,

36. AAS 64 (1972), 583-586.

de la existencia de unos valores absolutos que pueden ser conocidos y practicados. Esos valores o principios sólo son alcanzables mediante el pensamiento metafísico: «En este clima, la búsqueda sería de las verdades supremas es con frecuencia despreciada y los criterios de verdad no son ya los sólidos e indiscutidos principios metafísicos, sino la actualidad y el éxito; así se comprende fácilmente que el espíritu de nuestro tiempo se manifieste cada día más como antimetafísico y, por lo mismo, abierto a toda especie de relativismo». En otras palabras, la crisis del pensamiento filosófico es una crisis de la verdad a la que se accede a través de la especulación metafísica.

Pero la crisis de la filosofía no proviene tan sólo por la crítica científico-positiva. También proviene de parte de ciertos teólogos que «sostienen que la pureza del mensaje evangélico ha sido comprometida, a lo largo de la historia, por la introducción de la especulación griega en las ciencias sagradas». En consecuencia, las disciplinas teológicas deben ser cultivadas exclusivamente por los métodos histórico-exegéticos<sup>37</sup>.

Por otra parte, el documento se hace eco de una nueva dificultad presente en el mundo contemporáneo: el pluralismo filosófico, «debido no sólo al encuentro de las varias culturas del mundo, a la diversidad y complejidad de las corrientes filosóficas, sino también al pluralismo casi inagotable de las fuentes de la experiencia humana». A la hora de la verdad se plantea la cuestión acerca del tipo de filosofía que se debe adoptar en la enseñanza de los seminarios, puesto que existe una clara conciencia de la insuficiencia de la filosofía escolástica para hacerse cargo de la nueva complejidad presente en la actualidad. Se hace necesaria una síntesis coherente (coherencia interna y coherencia con las verdades de fe) para transmitir a los alumnos, pero dicha síntesis parece difícilmente alcanzable: «La amplitud y la profundidad de la problemática planteada por la aparición de varias filosofías y por el progreso científico es de tal magnitud que resulta extremadamente difícil no ya el logro de una síntesis, sino incluso la asimilación de nuevas nociones tan necesarias para una enseñanza filosófica realmente viva y eficaz».

Todas estas dificultades invitan a pensar en la inutilidad de la formación filosófica en los futuros sacerdotes. Por esta razón, la segunda parte del documento se centra en la necesidad de la filosofía para la formación sacerdotal, para lo cual se aducen los siguientes argumentos:

a) La adhesión perfecta del hombre a la revelación divina no puede ser concebida como un acto de fe ciega, una postura fideísta carente de motivos racionales. El acto de fe, en efecto, presupone las razones de creer o los motivos de credibilidad que son en gran parte de índole filosófica: el conocimiento de Dios, la noción de creación, la Providencia, etc.

b) En segundo lugar, la verdad revelada reclama siempre la reflexión por

37. Esta cuestión es abordada explícitamente en FR nn. 93-96.

parte del creyente, de tal manera que el conocimiento teológico exige «una nueva clarificación y profundización de los conceptos tales como la verdad, la capacidad y límites del conocimiento humano, el progreso, la evolución, la naturaleza humana y la persona humana, la ley natural, la imputabilidad de las acciones morales, etc.».

c) Se presenta además la necesidad de diálogo y encuentro con los no creyentes. «La filosofía es, finalmente, un terreno insustituible de encuentro y de diálogo entre los creyentes y los no creyentes (...). Es, por tanto, absolutamente inadmisibile que un sacerdote católico, llamado a ejercer su ministerio dentro de la sociedad pluralística, en la que se debaten fundamentales problemas filosóficos a través de todos los medios de comunicación social y a todos los niveles culturales, sea incapaz de mantener un inteligente intercambio de puntos de vista con los no cristianos acerca de las cuestiones fundamentales que tocan de cerca tanto su persona cuanto los problemas más candentes del mundo». Se puede observar de nuevo esa constante del magisterio conciliar del diálogo con el mundo contemporáneo: sólo desde la previa admisión de la existencia de la verdad es posible establecer un diálogo con aquellas corrientes actuales del pensamiento filosófico.

La última parte del documento se centra en proporcionar una serie de directrices para la enseñanza de la filosofía en los seminarios.

a) *Organización*: La primera de ellas se refiere a la organización de los estudios proponiéndose los siguientes objetivos: procurar la sólida preparación profesional de los enseñantes; favorecer la actualización permanente de los profesores; salir al paso de las dificultades de los alumnos para la comprensión filosófica; enriquecer las bibliotecas de los seminarios y promover una estrecha colaboración entre seminarios e Institutos teológicos favoreciendo el intercambio de profesores.

b) *Contenidos*: La segunda pauta se centra en la actualización de los contenidos y programas de estudio. Es interesante destacar cómo el documento llama la atención sobre una negativa renovación de los contenidos filosóficos. A la vista de esta situación se puntualiza que: «La formación filosófica en los seminarios no debe limitarse a enseñar a los jóvenes a “filosofar”. Ciertamente, es importante que los jóvenes seminaristas aprendan a filosofar, es decir, a buscar con amor sincero y continuo la verdad, desarrollando y agudizando su propio sentido crítico, reconociendo los límites del conocimiento humano y profundizando los presupuestos racionales de la propia fe; pero esto no basta. Es necesario que la enseñanza de la filosofía presente principios y contenidos válidos, que los alumnos puedan considerar con atención, debatir y asimilar gradualmente». Parece sugerirse aquí la célebre controversia acerca de la enseñanza filosófica mantenida por Kant y Hegel. No basta con enseñar a pensar con sentido crítico sino que es preciso además transmitir una serie de contenidos verdaderos. La enseñanza de la filosofía no se puede limitar a un adiestramiento sobre el modo de pensar filosófico, como una actitud vital; dando por

supuesto el enseñar a pensar con la propia razón, se han de proporcionar al alumno unos principios seguros, como se deduce de lo que se añade a continuación: «es necesario proceder a una reflexión verdaderamente filosófica, a la luz de principios metafísicos seguros, de suerte que se llegue a afirmaciones de valor objetivo y absoluto».

En este sentido la enseñanza de la historia de la filosofía debe hacerse de modo positivo haciendo ver los aspectos verdaderos y válidos aportados por los grandes pensadores de la humanidad, en particular los contemporáneos. Pero, advierte el documento, «la enseñanza de la filosofía no puede ceñirse a la presentación de lo que otros han dicho; es preciso ayudar al joven a afrontar directamente los problemas de la realidad, a tratar de confrontar y debatir las varias soluciones, para formarse convicciones propias y alcanzar una visión coherente de la realidad». De esta manera se debe fomentar en los estudiantes un abierto sentido crítico, no como un mecanismo defensivo frente a la influencia de parte del pensamiento moderno o contemporáneo, sino como una sincera búsqueda de la verdad. Ese sentido crítico llevará tanto a la aceptación de los aspectos verdaderos de todas las doctrinas, como al rechazo de los planteamientos no compatibles con la Revelación.

Por tanto, en la enseñanza e investigación filosófica es posible el pluralismo, «debido a la diversidad de las regiones, de las culturas, de las mentalidades, de forma que por caminos distintos se pueden alcanzar las mismas verdades, las cuales asimismo pueden presentarse y exponerse de manera diversa; lo que no puede admitirse es un pluralismo filosófico que comprometa el núcleo fundamental de afirmaciones que tienen conexión con la revelación, pues no cabe contradicción entre las verdades naturales de la filosofía y las sobrenaturales de la fe». Como se observa de nuevo, el criterio último que articula la enseñanza de la filosofía es la noción de verdad y la no contradicción de las verdades naturales y sobrenaturales.

A continuación, el documento de manera explícita enuncia aquellas posturas filosóficas incompatibles con la revelación<sup>38</sup>: «la naturaleza de la revelación judío-cristiana es absolutamente incompatible con todo relativismo epistemológico, moral o metafísico, con todo materialismo, panteísmo, immanentismo, subjetivismo y ateísmo». La crítica a estas posturas puede realizarse desde el punto de vista estrictamente filosófico, y no sólo como un criterio extrínseco a la racionalidad humana (la fe revelada). En otras palabras, la tarea del filósofo (y la del profesor de filosofía) debería ser mostrar la insuficiencia

38. Un resumen de estas posturas incompatibles con la Revelación cristiana, se encuentra también en FR nn. 86-91. Se mencionan explícitamente el eclecticismo, historicismo, cientificismo, pragmatismo y el nihilismo. Una comparación entre ambas enumeraciones muestra la evolución del pensamiento filosófico que se ha desarrollado al margen de la fe cristiana. No obstante, tienen en común el destacar la crisis de la verdad y de la especulación metafísica.

de estas posturas porque no son en sí mismas verdaderas.

El documento de la Congregación quiere detallar más concretamente el núcleo de verdades filosóficas que deben ser mantenidas en la enseñanza de los seminarios:

«a) Que el conocimiento humano está en grado de captar en las realidades contingentes, verdades objetivas y necesarias y de llegar así a un realismo crítico, punto de partida de la ontología.

b) Que es posible construir una ontología realista, que destaque los valores trascendentales y termine en la afirmación de un absoluto personal y creador del universo.

c) Que es igualmente posible una antropología que salvaguarde la auténtica espiritualidad del hombre, que conduzca a una ética teocéntrica y trascendente con relación a la vida terrena, al mismo tiempo que abierta a la dimensión social del hombre».

Este núcleo de verdades, que excluyen todo relativismo e inmanentismo, constituye el resumen del patrimonio filosófico perennemente válido del que habla el Concilio Vaticano II, al tiempo que anima a «acoger las riquezas que el pensamiento moderno continúa aportando». Y es en este contexto donde —ya al final del documento— se afirma de nuevo la validez de las recomendaciones de la Iglesia sobre la filosofía de Santo Tomás, porque el Doctor Angélico cultivó la búsqueda de la verdad que le llevó a obtener ese conjunto de verdades fundamentales compatibles con la revelación, en un diálogo constante con los hombres de su tiempo: «En este sentido están plenamente justificadas y siguen siendo válidas las repetidas recomendaciones de la Iglesia sobre la filosofía de Santo Tomás, en la cual aquellos primeros principios de verdad natural son clara y orgánicamente enunciados y armonizados con la revelación, al mismo tiempo que se encierra también en ella aquel dinamismo innovador que, según atestiguan los biógrafos, caracterizaba la enseñanza de Santo Tomás, y debe también hoy caracterizar la enseñanza de cuantos desean seguir sus huellas, en una continua y renovada síntesis de las conclusiones válidas recibidas de la tradición con las nuevas conquistas del pensamiento humano».

Un documento posterior de la Congregación para la Educación Católica sobre la formación teológica de los futuros sacerdotes (mayo de 1976), cita las líneas maestras del documento *Sacra Theologia*, aportando dos ideas acerca de las relaciones entre Filosofía y Teología. La primera idea subraya la independencia de la teología frente a cualquier sistema filosófico, de tal manera que la teología es libre de aceptar o rechazar las distintas propuestas filosóficas, en función del propio estudio y reflexión. Ahora bien, la teología precisa la instancia crítica de la filosofía. «La teología no puede evitar tal confrontación so pena de quedar ante las distintas filosofías injustificada e incomprensida: no debe, por tanto, cerrarse, bajo capa de prejuicios, a sus propuestas (n. 50)».

La segunda idea se refiere a la actitud de la Iglesia en este tema; actitud

que puede reducirse a dos puntos:

- a) Apertura a cualquier filosofía, antigua o nueva, respecto de las aportaciones de valores reales y universales, que sean integrables en la síntesis cristiana;
- b) Preferencia por aquella filosofía cuyas afirmaciones fundamentales se armonizan con los datos de la Revelación, puesto que no es posible una contradicción entre las verdades naturales y las sobrenaturales de la fe».

En definitiva, este documento subraya los principios que guían la enseñanza de la Iglesia sobre la Filosofía: necesidad de la reflexión filosófica para los estudios teológicos; la no adopción de una única y determinada filosofía válida para la Teología católica: toda filosofía tiene validez siempre que se encuentre en armonía con la Revelación porque la verdad natural no se puede oponer a la Verdad divina. Pero al mismo tiempo se propone el pensamiento de Santo Tomás como modelo a seguir de síntesis entre Filosofía y Teología.

### 3.3. *La carta «Lumen Ecclesiae» de Pablo VI*

A lo largo de las sesiones del concilio Vaticano II la cuestión sobre la formación sacerdotal se centró en diversas ocasiones en la discusión acerca de la recomendación de la doctrina tomista para los estudios teológicos. Durante esos años, en efecto, una amplia corriente de teólogos proponía una renovación de los estudios teológicos considerando las recomendaciones de los Romanos Pontífices acerca de la autoridad doctrinal del Doctor Angélico como una etapa que debía ser superada con vistas a una mayor apertura al mundo contemporáneo y para hacer ver el pluralismo intelectual que se respiraba en la Iglesia Católica<sup>39</sup>.

Ya hemos visto cómo finalmente en los documentos conciliares se apunta de nuevo la necesidad del estudio de la doctrina de Santo Tomás, unido a la recomendación de una investigación atenta a las corrientes de la filosofía contemporánea mostrando aquellos aspectos verdaderos contenidos en el pensamiento actual. A pesar de las exhortaciones magisteriales, el clima intelectual de los años posteriores al concilio se mostraba reacio a aceptar dichas disposi-

39. Cfr. G. PERINI, *Dall'«Aeterni Patris» al Concilio Vaticano II*, 233-248.

40. Juan Pablo II se hace eco en la FR, n. 61 de este ambiente contrario a la enseñanza de Santo Tomás: «Si en diversas circunstancias ha sido necesario intervenir sobre este tema, reiterando el valor de las intuiciones del Doctor Angélico e insistiendo en el conocimiento de su pensamiento, se ha debido a que las directrices del Magisterio no han sido observadas siempre con la deseable disponibilidad. En muchas escuelas católicas, en los años que siguieron al Concilio Vaticano II, se pudo observar al respecto una cierta decadencia debido a una menor estima, no sólo de la filosofía escolástica, sino más en general del mismo estudio de la filosofía. Con sorpresa y pena debo constatar que no pocos teólogos comparten este desinterés por el estudio de la filosofía».

ciones, por considerar la filosofía tomista como una etapa más del pensamiento humano que debe ser superada<sup>40</sup>.

Pablo VI sale al paso de esas interpretaciones en diversas alocuciones, pero de manera especial en una extensa carta dirigida al Maestro General de la Orden de Predicadores al término de las conmemoraciones del VII Centenario de la muerte de Santo Tomás. Dicha carta está fechada el 20 de noviembre de 1974 y lleva por título *Lumen Ecclesiae*, y en ella se hace una atenta reflexión acerca del alcance y validez de la figura intelectual del Aquinate en el pensamiento contemporáneo<sup>41</sup>. El documento cuenta con una introducción y tres partes, que pasamos a exponer de manera sintética:

1) En primer lugar se expone el *marco histórico del pensamiento de Santo Tomás*, mostrando los condicionamientos culturales, sociales, políticos y religiosos en los que transcurrió la vida del Doctor Angélico. ¿Por qué se detiene Pablo VI en el contexto histórico del siglo XIII? Porque el momento cultural de entonces presentaba grandes semejanzas con el actual. Eran tiempos de un enorme florecimiento cultural e intelectual, donde la razón humana cobraba conciencia de su propio poder explicativo de la realidad. Se creó un clima de interés por las realidades terrenas que comienzan a ganar autonomía con respecto a las sobrenaturales. Esta nueva situación cultural trajo consigo un importante progreso en los distintos saberes, pero también tensiones y desequilibrios. El Doctor Común se opuso tanto al «naturalismo, que desaloja por completo a Dios del mundo y especialmente de la cultura, y el de un falso sobrenaturalismo o fideísmo que, para evitar aquel error cultural y espiritual, pretende frenar las legítimas aspiraciones de la razón»<sup>42</sup>.

Además, Tomás de Aquino supo mantener un equilibrio prudente entre la fe sobrenatural y la razón humana, con una gran fidelidad al magisterio de la Iglesia, pero atento también a las nuevas corrientes que penetraron en Occidente. Por esta razón, Pablo VI lo propone como modelo de fidelidad y apertura, guiado siempre por su amor a la verdad, de tal manera que «para mantenerse fiel a esta verdad, no rechaza las múltiples verdades descubiertas por la razón en el pasado o en el presente»<sup>43</sup>. El amor y apertura a la verdad le lleva a mantener un respeto a la tradición junto a un distanciamiento crítico de sus maestros (Aristóteles y Platón especialmente) lo que le proporciona un talante intelectual independiente y original<sup>44</sup>.

2) *Valores perennes de la doctrina y del método de Santo Tomás*: La figura modélica del Aquinate es un ejemplo a seguir por todo intelectual cristiano,

41. Cfr. *Lumen Ecclesiae*, n. AAS 66 (1974) 680-683. Citada en FR, nt. 47 y 52.

42. *Ibid.* n. 8.

43. *Ibid.*, n. 10.

44. *Ibid.*, n. 11.



por su armonía entre la fe y la razón, el amor a la verdad, fidelidad al Magisterio y apertura a las nuevas corrientes de pensamiento. Pero no sólo cabe imitar el talante intelectual de este gran doctor, como algunos teólogos propusieron en el desarrollo de las sesiones conciliares. Si la invitación a seguir el ejemplo y la actitud del Doctor de Aquino se limitara a una mera actitud intelectual como un modo de acceder a la realidad se podría interpretar como una propuesta meramente «formal»: algo así como un buen ejemplo de labor intelectual. La recomendación pontificia tiene en cuenta dicha actitud y la propone como necesaria para la formación intelectual; pero va más allá. En efecto, el contenido de la doctrina tomista en sí misma posee ya un valor intrínseco y por ello perennemente actual<sup>45</sup>. Así pues, las tesis fundamentales del tomismo continúan siendo válidas para el pensamiento contemporáneo. Dichas tesis de fondo se pueden resumir en pocas palabras: realismo gnoseológico y ontológico, fundado en el «reconocimiento de la capacidad cognoscitiva del entendimiento humano, fundamentalmente sano y dotado de un cierto gusto del ser»<sup>46</sup>. Es precisamente la existencia de la verdad y la capacidad humana de encontrarla lo que hace posible el diálogo filosófico con filosofías no cristianas, actitud también presente en el actual diálogo con los no creyentes.

3) *El ejemplo de Santo Tomás para nuestro tiempo*: La carta se cierra con esta tercera parte que es como la conclusión lógica de todo la exposición anterior. Pablo VI reafirma la autoridad doctrinal de Doctor Común continuando con las disposiciones de sus predecesores, especialmente desde la publicación de la *Aeterni Patris* de León XIII. Se subraya de nuevo la actualidad de la doctrina tomista, aun reconociendo las dificultades interpretativas que se derivan de la distancia histórica. La fidelidad a Santo Tomás pasa por imitar su talante intelectual lo que necesariamente llevará a una renovación de los estudios filosóficos para dar a conocer la verdad revelada al hombre de hoy. «Estamos convencidos de que también hoy (Santo Tomás) se esforzaría por descubrir todo lo que cambia al hombre, sus condiciones, su mentalidad y su comportamiento. Él gozaría, ciertamente, de todos los medios que hay a su alcance para hablar de Dios de manera más digna y convincente que en el pasado»<sup>47</sup>. En definitiva, «no basta repetir materialmente la doctrina, las fórmulas, los problemas y el tipo de exposición con que solían tratarse antiguamente estas cuestiones. Una repetición así no garantizaría la verdadera fidelidad a la doctrina de nuestro autor»<sup>48</sup>.

La petición de Pablo VI supone una apremiante llamada a los discípulos de Santo Tomás a estar atentos a las nuevas doctrinas, pero sin ceder ante su-

45. Cfr. *ibid.*, n. 14.

46. *Ibid.*, n. 16.

47. *Ibid.*, n. 25.

48. *Ibid.*, n. 26. Una invitación a la fidelidad a la doctrina tomista pero sin repetir esquemas anticuados se encuentra en FR, n. 97.

periféricas modas intelectuales. «Si se ocasiona un grave perjuicio a la auténtica ciencia de Dios y del hombre ignorando las nuevas formas de doctrina, encerrándose dentro de las fronteras del pasado, hay que decir que sucede lo mismo cuando se rechazan *a priori* la doctrina o la escuela de los grandes Doctores, alimentándose tan sólo con las ideas a veces especiosas de nuestro tiempo»<sup>49</sup>.

#### 4. JUAN PABLO II Y LA *FIDES ET RATIO*

«La Encíclica [*Fides et ratio*] reúne todos los requisitos para ser considerada un documento “histórico”»<sup>50</sup>. Esta afirmación puede interpretarse con un sentido «profético», si se hace ver con visión de futuro, la trascendencia que tendrá para los estudios filosóficos y teológicos. Pero además, puede interpretarse como un documento de síntesis histórica y de balance del Magisterio anterior sobre el tema. La *Fides et ratio* viene a sintetizar cien años de magisterio pontificio sobre la enseñanza de la filosofía, pero supone también una profundización y una puesta al día.

Por otra parte es posible rastrear muchos de los contenidos presentes en la *Fides et ratio* en otros documentos magisteriales de Juan Pablo II, desde el comienzo mismo de su pontificado. Basta recordar que el 15 de abril de 1979 se promulgó la Constitución apostólica *Sapientia christiana* en la que se actualizan los principios que deben guiar los estudios eclesiales. Por lo que se refiere a la enseñanza de la Filosofía se destaca como finalidad de los estudios filosóficos el inculcar en los alumnos el amor a la verdad de tal modo que vivan con más profundidad su fe, al tiempo que los capacita para un efectivo diálogo con los hombres de su tiempo basándose en el patrimonio perennemente válido<sup>51</sup>. La preocupación de Juan Pablo II por la formación filosófica de los candidatos al sacerdocio ha sido constante a lo largo de estos años de pontificado<sup>52</sup>.

En la *Fides et ratio* es donde de manera sistemática y orgánica se aborda *in recto* y de manera extensa las líneas fundamentales referentes a la Filosofía y su enseñanza dentro del *currículum* teológico. Los trabajos publicados sobre la *Fides et ratio* son muy numerosos y no es posible realizar aquí una síntesis de

49. *Ibid.*, n. 27.

50. Breve síntesis de la Encíclica *Fides et ratio*, entregada a los Medios de comunicación social en la Presentación de la Encíclica, 15 de octubre de 1998.

51. *Sapientia christiana*, arts. 79-80, AAS 71 (1979). Un comentario a la enseñanza de la Filosofía según esta constitución se puede encontrar en A. LOBATO, *La facultad de Filosofía: características y ordenamiento*, en «Seminarium» 20 (1980) 548-570.

52. Cfr. FR, n. 60 y nt. 84, donde cita diversos documentos magisteriales sobre el tema durante su pontificado.

los contenidos más relevantes de esta encíclica. No obstante, atendiendo a la enseñanza de la Filosofía, podríamos subrayar —a modo de conclusión— los siguientes aspectos:

1. Por lo que se refiera a los *contenidos* filosóficos, Juan Pablo II no se detiene en abrir una discusión acerca de las tesis concretas que deben sustentarse, pero subraya la necesidad de transmitir los principios gnoseológicos, morales, y principalmente metafísicos, como el camino adecuado para ofrecer una filosofía válida para el quehacer teológico. Sólo una filosofía anclada en el carácter sapiencial de la metafísica, en el ser de las cosas y no en su aparecer, se convierte en un instrumento eficaz para la Teología. La Metafísica ocupa el lugar central de los estudios filosóficos: por eso se propone que todas las demás disciplinas deben abrirse a la reflexión metafísica, desde las ciencias de la naturaleza (FR, n. 106) a la hermenéutica y filosofía del lenguaje (FR, n. 84 y 95), pasando por la antropología (FR, n. 83) y, por supuesto por la Teología (FR, nn. 66-68).

2. En cuanto al *talante intelectual* resulta primordial inculcar a los alumnos un profundo amor a la verdad, lo que comporta, a su vez, una actitud profundamente vital de vivir de acuerdo con la verdad descubierta. El hombre «necesita» vivir en la verdad y según ella, para que su vida sea verdaderamente libre y humana. Por esta razón, en la enseñanza de la Filosofía se evitará tanto la presunción de que la verdad ya ha sido agotada, como la falsa creencia de que la verdad resulta un ideal inalcanzable y utópico. Las actitudes escépticas y relativistas cortarían de raíz cualquier intento de especulación teológica, y en última instancia, de diálogo con el hombre de hoy, puesto que sólo desde la persuasión de la existencia de la verdad y de la capacidad humana de conocerla es posible entablar un diálogo fecundo con el mundo contemporáneo.

3. Por otra parte, es preciso mantener un *razonable equilibrio armonioso* entre la tradición filosófica y las nuevas perspectivas de nuestros días. También aquí, el enseñante debe evitar tanto la mecánica repetición de esquemas anticuados como una asunción acrítica de las nuevas ideas presentes en el mundo intelectual actual. En definitiva, las presuntas antinomias entre tradición y novedad se ven disueltas por la idea de la verdad como tarea todavía inacabada para el hombre, pero ya lograda realmente en la tarea filosófica. De manera análoga, la contraposición entre razón y fe se resuelve en la unidad de la verdad, puesto que ambas son dos caminos o vías de acceso a la única Verdad, que en última instancia es Cristo, el Verbo Encarnado.

4. La figura intelectual de *Santo Tomás de Aquino* sigue vigente para los

53. En este sentido puede consultarse A. DEL PORTILLO, *L'attualità di San Tommaso d'Aquino secondo il magistero di Giovanni Paolo II*, en *San Tommaso d'Aquino. Doctor Humanitatis. Atti del IX Congresso Tomistico Internazionale (I)*, Città del Vaticano 1991, 83-96.

estudios filosóficos y teológicos, tanto por su talante intelectual de apertura a la verdad, como en cuanto a los principios metafísicos y morales anteriormente apuntados<sup>53</sup>. En efecto, la mera repetición de los esquemas tomistas desligada de la positiva y sincera preocupación de buscar la verdad sería traicionar el espíritu del mismo Santo Tomás. Por otro lado, la mera indicación «formal» de buscar la verdad sin referencia a unos principios perennes comporta un empobrecimiento de la especulación filosófica y teológica. De nuevo, la idea de amor a la verdad aparece como auténtica síntesis entre una propuesta que incida exclusivamente en los «contenidos materiales» o, por el contrario, el fomento de meras habilidades intelectuales al margen de la actitud de compromiso con la misma.